

esto un diario árabe, destinado á poner en conocimiento de los egipcios y de los ejércitos los actos de la autoridad francesa.

Los soldados sin embargo se ocupaban poco de estas invenciones. Vivian bien, se reian de Menou, pero apreciaban su honradez y el interés que por ellos se tomaba. Los habitantes se mostraban sumisos, y hallaban despues de todo, el yugo de los franceses mucho mas tolerable que el de los mamelucos. Habia no obstante personas infinitamente mas irritables, y eran los descontentos del ejército, de cuya mordacidad y censura no se hubiera visto libre Menou, aun cuando nada hubiese hecho, porque á falta de actos, habrian criticado su misma inaccion. Pero Menou estaba demasiado poseido de la mania de organizar, para que no suministrase sobrada materia á su crítica. Ellos se aprovecharon de esta mania, y llegaron hasta proyectar la deposicion del general en gefe, acto insensato, que hubiera trastornado la colonia, y hubiera convertido el ejército de Egipto en ejército de pretorianos. Se procuró sondear los cuerpos de oficiales de muchas divisiones, pero el espíritu que generalmente los dominaba, era tan poco propicio á los revoltosos, que fué preciso renunciar á este proyecto. Reynier y Damas habian ganado la voluntad de Lanusse, y todos juntos ganaron á Belliard y Verdier, formando bien pronto parte de aquella funesta oposicion todos los divisionarios, escepto el general Friant. Los que se mostraban mas fogosos agitadores, eran Tallien é Isnard, dos antiguos convencionales que el general Bonaparte habia conducido á Egipto para ocupar su ociosidad, y los

cuales estaban á la sazón en el Cairo, deseosos de volver á sus antiguos hábitos y costumbres. A falta de la deposicion del general en gefe, reconocida como impracticable, los generales imaginaron presentarse á él en nombre del cuerpo, y hacerle algunas observaciones sobre sus medidas, muchas de las cuales eran seguramente muy censurables. Ejecutaron, pues, su proyecto, y no fué poca la sorpresa de Menou al verlos entrar tan bruscamente, puesto que ni aun tuvieron la atencion de anunciar su visita. Espusieronle sin rodeos sus quejas, que él oyó con bastante desagrado, aunque no sin cierta dignidad. Prometió tomar en cuenta algunas de sus observaciones, y tuvo la debilidad de no reprimir al punto el desacato de semejante conducta que produjo en el ejército un verdadero escándalo, y fué severamente censurado. Por lo demas, Isnard y Tallien pagaron por todos y fueron trasladados á Europa.

Entretanto llegó la orden del primer consul, que confirmaba á Menou en su cargo, y le investia del mando en gefe de una manera definitiva. Esta espresion de la voluntad suprema llegó muy oportunamente, é hizo entrar en su deber á parte de los descontentos; pero desgraciadamente sobrevinieron nuevas intrigas, y las cosas volvieron á su primer estado. Aquellas almas mezquinas, exasperadas por el destierro y estimuladas á la discordia por la debilidad del mando, emplearon en querellas miserables el tiempo trascurrido desde la victoria de Heliópolis hasta el momento presente, es decir, un año; tiempo precioso que hubiera sido preciso emplear en vivir unidos, para prepararse por medio de la union á vencer al

formidable enemigo, dispuesto á bajar á Egipto.

El Nilo bajaba, las aguas volvian á entrar en su álveo, y comenzaban á secarse las tierras inundadas. Había llegado la época de los desembarcos. Era el mes de febrero de 1801, (ventoso del año IX). Los ingleses y los turcos se disponian á dar nuevos asaltos á la colonia. El gran visir, aquel á quien Kléber habia batido en Heliópolis se hallaba en Gaza, entre Palestina y Egipto, pues desde su derrota no se habia atrevido á presentarse en Constantinopla, no contando sino de diez á doce mil hombres en su ejército, devorados por la peste, que vivian del pillage, y que todos los días tenian que combatir á montañeses de la Palestina, levantados contra semejantes huéspedes. Semejante estado de cosas no debia durar mucho tiempo. El capitán-bajá, enemigo del visir, y favorito del Sultán, cruzaba con algunos buques entre la Siria y el Egipto. De buen grado habria renovado el convenio de El-Arich, pues esperaba poco de la fuerza de las armas para reconquistar el Egipto, y desconfiaba mucho de los ingleses, de quienes sospechaba que querian arrancar aquella bella posesion á los franceses para apoderarse en seguida de ella. En fin, diez y ocho mil hombres reunidos en Macri, en el Asia menor, los unos ingleses, y los demas suizos, malteses y napolitanos conducidos por oficiales esclusivamente ingleses y sometidos á una escelente disciplina, iban á embarcarse á bordo de la escuadra de lord Keith, y bajar á Egipto bajo las órdenes de un buen general, sir Ralph Abercromby.

A estos diez y ocho mil soldados europeos debian agregarse seis mil albaneses que el capitán-

bajá trasportaba en aquel momento á bordo de su escuadra; seis mil cipayos que venian de la India por el mar Rojo, y unos veinte mil hombres, malos soldados de Oriente, dispuestos á incorporarse á los diez mil hombres del gran visir en Palestina formando entre todos sesenta mil soldados, á los que el ejército de Egipto no podia oponerles sino diez y ocho mil combatientes. Sin embargo, esta fuerza era suficiente, y aun mas de la que se necesitaba, si la direccion era buena.

Desde luego no habia peligro de ser sorprendidos, porque de todas partes llegaban los avisos, así del Archipiélago por medio de los buques griegos, como del Alto Egipto por Murad-Bey, y de la misma Europa, por las expediciones frecuentes del primer consul. Todos estos avisos anunciaban una próxima expedicion compuesta á la vez de orientales y europeos. Menou, sordo á los avisos que recibia, no hizo en aquel momento critica nada de lo que era preciso hacer, y de lo que la situacion indicaba claramente.

La buena política aconsejaba ante todas cosas asegurarse cuidadosamente de la fidelidad de Murad-Bey, tratándole con el decoro debido, porque guardaba el Alto Egipto, y por otra parte preferia los franceses á los turcos y á los ingleses. Menou despreció este cuidado, y contestó á los informes de Murad-Bey de un modo que nos lo hubiera enajenado si hubiese podido. La buena política aconsejaba tambien aprovechar la desconfianza de los turcos, respecto de los ingleses, y sin renovar el escándalo del convenio de El-Arich, paralizarlos por medio de una negociacion simulada, que ocupándolos hubiera debilitado sus es-

fuerzos. Menou no pensó mas en este medio que habia pensado en los otros.

Por lo que hace á las medidas administrativas y militares que reclamaban las circunstancias, no supo tomar ninguna oportunamente. Era necesario en primer lugar hacer en Alejandria, en Rosetta, en Damietta, en Ramanieh, en el Cairo y en todas partes donde pudiera reunirse el ejército, grandes provisiones de guerra, siempre fáciles en un pais tan abundante como el Egipto. Nada de esto hizo Menou, pues no queria distraer la menor cantidad del haber del soldado, que habia prometido pagar puntualmente, y que la dificultad de percibir los nuevos impuestos, permitia justamente satisfacer en aquel instante. Era ademas preciso remontar la caballeria y la artilleria, recurso principal contra un ejército de desembarco ordinariamente desprovisto de estas dos armas. Menou se negó á adoptar esta medida por las mismas razones económicas, y aun llevó la imprevision hasta el punto de escoger aquel momento para castrar los caballos de artilleria que eran enteros, y á los cuales su fogosidad hacia incómodos.

En fin, Menou se opuso á la concentracion de tropas, tan conveniente á la salud de los soldados en aquella estacion, aun cuando ningun peligro hubiese amenazado al Egipto. En efecto, aparecieron algunas señales de peste, y por lo tanto era urgentísimo acampar las tropas y sacarlas de las poblaciones, prescindiendo de la necesidad que habia de movilizarlas. El ejército distribuido en las guarniciones, ó inútilmente aglomerado en el Cairo, ó empleado en la percepcion del miri,

no se hallaba en ninguna parte en estado de obrar; y sin embargo, si Menou hubiera dispuesto convenientemente de los veinte y tres mil hombres que le quedaban, y de los cuales diez y siete ó diez y ocho mil eran capaces de servir activamente, se habria puesto en disposicion de defender por todas partes el Egipto con ventaja. Podria ser atacado por Alejandria á causa de la rada de Abukir, sitiada en las inmediaciones y siempre preferida para los desembarcos; por Damietta, otro punto á propósito para los atracaderos, aunque mucho menos favorable que el de Abukir; en fin, por la frontera de Siria, donde se hallaba el visir con los restos de su ejército. De estos tres puntos no habia mas que uno seriamente amenazado, y era Alejandria y la rada de Abukir; cosa fácil de prever, porque todo el mundo se lo temia y lo decaia así en el ejército. Las playas de Damietta por el contrario, eran de un acceso difícil, y se unian por tan pocos puntos con el Delta, que el ejército enemigo si hubiera desembarcado en ellas, habria sido bloqueado fácilmente y obligado al punto á reembarcarse. No era, pues, probable que los ingleses vinieran por Damietta. Por la parte de Siria, el visir debia inspirar pocos temores, porque sobre ser muy débil, tenia demasiado presente la derrota de Heliópolis para tomar la iniciativa, y no queria moverse, hasta que los ingleses hubiesen hecho su desembarco. De todos modos era un buen cálculo dejarle avanzar, porque cuanto mas avanzase, mas comprometido se veria. Resulta, pues, que el único asunto que debia llamar la atencion del general en jefe, era el ejército inglés, cuyo desembarco se habia anunciado como muy

próximo. En esta situación era preciso dejar una fuerte división al rededor de Alejandria, es decir, cuatro ó cinco mil hombres de tropas activas, sin contar los marinos y depósitos destinados á la guardia de los fuertes. Dos mil hombres bastaban en Damietta, y para observar la frontera de Siria no se necesitaba mas que el ejército llamado de los Dromedarios. Una guarnicion de tres mil hombres en el Cairo, que podia ser reforzada por los dos mil hombres del Alto Egipto, y por unos mil franceses de los depósitos, bastaba y sobraba para contener la poblacion de la capital, aun cuando se hubiese presentado el visir delante de sus muros. Estos diferentes empleos absorbian once ó doce mil hombres de diez y siete ó diez y ocho mil de tropas activas. Quedaba una reserva de seis mil hombres escogidos, con los cuales debia formarse un gran campamento, que, estuviese cerca de Alejandria y de Damietta. Existia, en efecto, un punto que reunia todas las condiciones apetecibles, y era Ramanieh, lugar sano á orillas del Nilo, no lejos de la mar, situado á una jornada de Alejandria, á dos de Damietta, y á tres ó cuatro de la frontera de Siria. Si Menou hubiera establecido en Ramanieh su reserva de diez mil hombres, podia al primer aviso llevarlo en veinte y cuatro horas sobre Alejandria, en cuarenta y ocho sobre Damietta, y si era necesario, en tres ó cuatro dias á las fronteras de Siria. Semejante fuerza hubiera hecho impotentes en todas parte las tentativas del enemigo.

Menou no pensaba en ninguno de estos medios, y no solamente no pensó en ellos sino que rechazó los consejos de todos los que quisieron que los

adoptase. De todas partes recibia buenos consejos, principalmente de los generales que le eran opuestos. Estos, y sobre todo Reynier, mas habituado que los demas á las grandes disposiciones militares, le revelaron el peligro y hasta le indicaron las medidas que debia tomar; pero con su oposicion intempestiva habian perdido todo su crédito para con el general en jefe, y ahora que tenian razon, no eran mas atendidos que cuando no la tenian.

Friant, estraño á las fatales discordias del ejército, se ocupaba con celo en la defensa de Alejandria. Habia organizado los marinos y los soldados de los depósitos de una manera que le permitia confiarles la guardia de los fuertes; pero hecho esto no tenia mas que dos mil hombres de tropas activas que poder reunir en el sitio donde se hiciera el desembarco. Todavía necesitaba consagrar parte de esta fuerza á guardar los puntos principales de la playa, tales como el fuerte de Abukir, los puestos de la Casa-Cuadrada, de Edko y de Roseta. Ocupados estos puntos, no debian quedarle mas de dos mil quinientos hombres. Afortunadamente la fragata *Regenerada*, venida de Rochefort, habia traído un refuerzo de trescientos hombres con cantidad considerable de municiones. Gracias á esta circunstancia inesperada, la fuerza móvil del general Friant subió hasta dos mil quinientos hombres. Imaginense de cuánto socorro hubiese sido en aquel momento la escuadra de Ganteaume, si contando este almirante algo mas con la fortuna, hubiese llevado los cuatro mil soldados escogidos que se hallaban á bordo de sus buques.

En el desamparo en que se hallaba el general

Friant, se limitaba á pedir dos batallones mas, y un regimiento de caballería. En el hecho esta fuerza hubiera bastado, pero era muy temerario en semejante coyuntura, confiarse á un refuerzo de mil hombres. Preciso es decirlo, la confianza del ejército en sí mismo, contribuyó mucho á perderlo. Habia adquirido la costumbre de batiase en Egipto uno contra cuatro, y algunas veces uno contra ocho, y no tenia una idea exacta de los medios que poseian los ingleses en materia de desembarcos. Creía que jamás podrian saltar en tierra sino algunos centenares de hombres á la vez, sin artillería y sin caballería, é imaginaba poder triunfar facilmente con sus bayonetas. Esto era una fatal ilusion. Sin embargo, el refuerzo pedido por Friant, por débil que fuera lo hubiera salvado todo segun vamos á juzgar por los mismos acontecimientos.

El 28 de febrero de 1801 (9 de ventoso del año IX), se descubrió no lejos de Alejandria una canoa inglesa que parecia ocupada en hacer un reconocimiento. Salieron varias lanchas en su persecucion, y se la apresó así como á los oficiales que traia, y los cuales estaban encargados de preparar el desembarco. Las notas halladas en su poder, no dejaron duda alguna de que tal era su mision. Inmediatamente despues, la escuadra inglesa, compuesta de setenta velas, se presentó á la vista de Alejandria; pero rechazada por un fuerte temporal, tuvo que hacerse mar á dentro. La fortuna dejaba todavia una probabilidad de defender al Egipto contra los ingleses, pues era casi seguro que en muchos dias no podrian verificar su desembarco. La noticia transmitida por Friant al Cairo,

llego el 4 de marzo (13 de ventoso) despues de medio dia. Si Menou hubiese tomado en el acto una resolucion pronta, y sensata, se hubiera podido reparar todo. Si hubiese hecho refluir el ejército entero hácia Alejandria, la caballería habria llegado allí en cuatro dias, la infantería en cinco, es decir, que el 8 y el 9 de marzo (17 y 18 de ventoso), hubieran podido hallarse diez mil hombres en la playa de Abukir. Posible era que en aquella época los ingleses hubiesen ya desembarcado sus tropas, pero imposible que hubieran tenido tiempo para desembarcar su material, y consolidar su posicion, y por consiguiente nuestras tropas llegaban todavia muy á tiempo para arrojarlos á la mar. Reynier, que estaba en el Cairo, escribió aquel mismo dia á Menou una carta sumamente razonada, aconsejándole que no hiciera caso del visir, porque no tomara la iniciativa, ni de Damietta por no hallarse amenazada su costa, y que corriese con la masa de sus fuerzas sobre Alejandria. Nada era mas justo, y de todos modos nada se comprometia con encaminarse las tropas hacia Ramanieh, porque si al llegar á este punto, se sabia que el peligro estaba hácia Damietta, ó hácia Siria, podian trasladarse facilmente sobre cualquiera de estos dos puntos. No se habria perdido un solo dia, y las tropas se habrian aproximado hácia Alejandria, donde se manifestaba el verdadero peligro. Pero era preciso decidirse inmediatamente, y marchar en aquella misma noche. Menou no quiso escuchar nada, y se hizo absoluto en sus órdenes, permaneciendo perplejo en sus ideas. No sabiendo discernir el punto verdaderamente amenazado, envió un refuerzo al

general Rampon hácia Damietta, y dirigió á Reynier con su division hácia Belbeis, para hacer frente al visir por el lado de la Siria. Encaminó la division de Lanusse hácia Ramanieh, pero no la envió toda, pues retuvo la 88.^a media brigada en el Cairo, no despachando en el acto sino el 17.^o de cazadores. El general Lanusse tenia orden de dirigirse sobre Ramanieh, y trasladarse, segun las noticias que se adquirieran en este punto, de Ramanieh á Alejandria. Menón permaneció en el Cairo con gran parte de sus fuerzas, esperando las noticias ulteriores en aquella posicion tan distante del litoral. No se podia llevar mas allá la incapacidad.

Durante este tiempo, los acontecimientos marchaban con rapidez suma. La escuadra inglesa estaba compuesta de siete navios de linea, de multitud de fragatas, bergantines y otros buques de gran porte de la compania de Indias, formando entre todos setenta velas. Llevaba á bordo considerable cantidad de lanchas. Como ya hemos dicho en otra parte, lord Keith mandaba las fuerzas de mar, y sir Ralph Abercromby las de tierra. El punto que escogieron para desembarcar, fué el mismo que siempre se habia escogido, esto es, la rada de Abukir. Aqui fué donde nuestra escuadra habia anclado en 1798; aquí fué donde Nelson la destruyó y donde la escuadra turca habia dejado á los bravos genizaros, arrojados á la mar por el general Bonaparte, en la gloriosa jornada de Abukir. Despues de haberse visto obligada la escuadra inglesa á mantenerse en el mar por muchos dias, tardanza funesta para ella pero muy feliz para nosotros, si Menou hubiera sabido aprovecharse de ella,

vino á situarse en la rada de Abukir el 6 de marzo (13 de ventoso), á cinco leguas de Alejandria.

El Bajo Egipto, asi como la Holanda y como Venecia, es un pais de lagunas, presentando como todos los paises de esta especie un carácter que debe tomarse en cuenta, si se quiere comprender bien las operaciones militares de que puede ser teatro. En los puntos donde todos los grandes rios entran en el mar se crian bancos de arena al rededor de su embocadura. Estos bancos provienen de las arenas que el rio arrastra, que rechaza el mar, y que oprimidos entre estas dos fuerzas contrarias se estienden paralelamente á la costa, formando esas barras tan temidas de los navegantes, y siempre tan dificiles de pasar, cuando se quiere salir del álveo de los rios ó entrar en ellos; y las cuales se elevan sucesivamente hasta el nivel de las aguas, y luego con el tiempo sobresalen por encima de ellas y presentan largas playas arenosas, batidas exteriormente por las olas del mar, y bañadas interiormente por las aguas del rio, á cuyas corrientes sirven de barrera. El Nilo al precipitarse en el Mediterráneo, ha formado delante de sus numerosas embocaduras un vasto semicírculo de estos bancos de arena. Este semicírculo que tiene una estension de setenta leguas por lo menos, desde Alejandria hasta Pelusa, se ve apenas interrumpido cerca de Roseta, de Buroz, de Damietta y de Pelusa, por algunas aberturas por entre las cuales se precipitan en el mar las aguas del Nilo. Bañado por un lado por el Mediterráneo, bañanle por el otro los lagos Mareotis y Madich, por el de Edkó, y por los de Burloz y Menzalch. Todo desembarco

en Egipto, debía efectuarse necesariamente sobre uno de aquellos bancos de arena. Conducidos por el ejemplo y por la necesidad, los ingleses habian escogido el que forma la playa de Alejandria. Este banco, que tiene cerca de quince leguas de longitud, estendiéndose entre el Mediterráneo por un lado, y los lagos Mareotis y Mardich, por el otro; presenta en uno de sus extremos la ciudad de Alejandria, y en el otro una entrada semicircular que forma la rada de Abukir. Uno de los lados de esta rada estaba defendido por el fuerte de Abukir, obra de los franceses, que barria con sus fuegos la playa circunvecina. Habia despues algunos médanos de arena que rodeaban la costa é iban á terminar al otro lado de la rada en una llanura arenosa y unida. El general Bonaparte habia mandado construir una fortificacion sobre estos médanos. Si se le hubiera obedecido, habria sido imposible todo desembarco.

En medio, pues, de esta rada vino á fondear la escuadra inglesa colocándose en dos líneas; esperaba que cediendo algo la marejada permitiese botar al agua las lanchas. En fin, en la mañana del 8 (17 de ventoso), estando mas sereno el tiempo, lord Keith distribuyó cinco mil hombres escogidos en trescientas veinte lanchas. Estas lanchas, dispuestas en dos filas, y dirigidas por el capitán Cochrane, avanzaron teniendo á cada una de sus alas una division de cañoneras, que recibian y devolvian un cañoneo muy vivo. El general Friant, que habia acudido á la costa, se colocó á distancia conveniente para poner á sus tropas al abrigo de la artillería inglesa. Habia si-

tuado entre el fuerte de Abukir y el terreno que él ocupaba, un destacamento de la 25.^a media brigada con algunos cañones. A su izquierda, habia colocado á la 75.^a, que constaba de dos batallones y se mantenia oculta por los médanos de arena; en el centro dos escuadrones de caballería, uno del 48, y otro del 20 de dragones; en fin, á su derecha la 61.^a media brigada, que constaba tambien de dos batallones, y estaba encargada de defender la parte baja de la costa. Estos diferentes cuerpos no ascendian á mas de mil quinientos hombres. Algunos puestos avanzados ocupaban la orilla del mar, y la artillería francesa colocada sobre las partes salientes del terreno barria las playas con sus balas.

Los ingleses avanzaban á fuerza de remos, acostados los soldados en el fondo de las lanchas, y los marineros de pie manejando sus remos con vigor y sufriendo con serenidad el fuego de la artillería. Algunos marineros caian, pero otros los reemplazaban al instante. La masa movida por un solo impulso se aproximaba á la costa. En fin arribo á ella; los soldados ingleses se levantan del fondo de las lanchas y saltan en tierra. Fórmase y corren á los escarpes arenosos que ceñian la rada. Avisado el general Friant por sus avanzadas que se retiraban, llega algo tarde. Sin embargo, dá orden á la 75.^a que se dirija á la izquierda y ocupe los médanos de arena, y á la 61.^a que tome la derecha hácia la parte baja de la costa. Esta se precipita con ardor y bayoneta calada sobre los ingleses que por aquella parte se hallaban sin apoyo. Los rechaza con vigor hasta sus lanchas, donde entra con ellos. Los granade-

ros de esta media brigada, se apoderan de dos embarcaciones y se sirven de ellas para hacer un fuego mortífero sobre el enemigo. La 75.^a que avisada demasiado tarde, había dejado tiempo á los ingleses para invadir las escarpaduras de la izquierda, avanza con precipitación para desalojarlos de ellas. Descubierta por este movimiento, y espuesta al fuego de las lanchas cañoneras, recibe una horrorosa descarga de metralla, que de un golpe mata á treinta y dos hombres y hiere á veinte. Al mismo tiempo es acompañada por los formidables fuegos de la infantería inglesa. Esta aguerrida media brigada, sorprendida por un momento, y colocada además sobre un terreno desigual, ataca con cierta confusión. El general Friant quiere hacerla sostener, mandando una carga de caballería sobre el centro de los ingleses, que se desplegaba ya en la llanura después de haber vencido los primeros obstáculos. El comandante de la 18.^a de dragones, muchas veces llamado para recibir las órdenes del general, llega después de haberse hecho esperar. El general Friant, en medio de una granizada de balas, le indica con precisión el punto de ataque. Este oficial, desgraciadamente poco resuelto, no ataca directamente al enemigo, pierde tiempo en dar un rodeo, dirige mal su regimiento y sacrifica á multitud de ginetes y caballos, sin mover á los ingleses, y sin poder rechazar la 75 que se empeñaba en tomar las alturas arenosas de la izquierda. Quedaba el escuadrón del 20. Un bravo oficial, llamado Bousar, que la mandaba, carga á la cabeza de sus dragones, y derriba todo lo que se le presenta delante. Entonces la 61, que había quedado due-

ña de la playa hácia la derecha, sin poder no obstante vencer por sí sola la masa de enemigos, se reanima, se lanza en persecución del 20 de dragones, rechaza á la izquierda á los ingleses sobre su centro, y aun los obliga á reembarcarse. La 75 por su parte hizo nuevos esfuerzos á pesar del vivísimo fuego que sufría. Si en aquel momento decisivo el general Friant hubiera tenido los dos batallones de infantería y los dos regimientos de caballería que tantas veces había pedido, el triunfo hubiera sido seguro y los ingleses hubiesen sido arrojados á la mar. Pero una tropa de mil dociientos hombres escogidos, compuesta de suizos é irlandeses, dá la vuelta á los médanos de arena y rebasa la izquierda de la 75. Esta se vé de nuevo obligada á replegarse; y se retira dejando á nuestra derecha la 61 empeñada en vencer, pero comprometida por sus mismos triunfos.

Viendo el general Friant que la 75 se había visto obligada á retroceder, y que la 61 podría ser envuelta, mandó entonces la retirada y la verificó en buen orden. Los granaderos de la 61, animados por la matanza y el triunfo, obedecen con trabajo las órdenes del general, y al retirarse contienen otra vez á los ingleses con cargas vigorosas.

Esta desgraciada jornada del 8 de marzo (17 de ventoso), produjo la pérdida del Egipto. El valiente general Friant había tal vez escogido su primera posición demasiado lejos de la playa; acaso también había contado demasiado con la superioridad de sus soldados, y supuesto con sobrada ligereza, que los ingleses no podrían desembarcar sino muy poca gente á la vez. Pero es-

ta confianza era disculpable, y aun estaba justificada, porque si hubiese tenido solamente uno ó dos batallones mas, habrian sido rechazados los ingleses y salvado el Egipto. ¿Pero qué se puede decir de ese general en gefe, que avisado, hacia ya dos meses del peligro, no habia concentrado sus fuerzas en Ramanieh, lo cual le hubiera permitido reunir diez mil hombres delante de Abukir en el día decisivo? Que avisado ademas el 4 de marzo, por una noticia positiva llegada aquel día al Cairo, no habia enviado tropas, que hubieran podido llegar en la misma mañana del 8 y por consiguiente muy á tiempo para rechazar á los ingleses? ¿Qué se puede decir tambien de ese almirante Ganteaume, que hubiera podido dejar cuatro mil hombres en Alejandria, el día mismo en que la fragata *Regenerada* conducia trescientos, los cuales pelearon en la playa de Abukir? ¿Qué se puede decir, en fin, de tanta timidez, descuido y faltas de todo género, sino que hay días en que todo se conjura para perder las batallas y los imperios?

El combate habia sido mortífero. Los ingleses contaban mil cien hombres muertos ó heridos, de cinco mil que habian desembarcado. Nosotros habíamos tenido de mil quinientos hombres cuatrocientos fuera de combate. La lucha, pues, habia sido empeñada y bien sostenida por ambas partes. El general Friant se retiró bajo los muros de Alejandria, y dió pronto aviso á Menou, á los generales y á sus vecinos, para que acudiesen á su socorro.

Sin embargo todo podia repararse si se aprovechaba el tiempo que quedaba todavia, las fuer-

zas que habia disponibles y los embarazos en que los ingleses iban á verse envueltos, si desembarcaban en aquella playa de arena.

En primer lugar, tenían que desembarcar el grueso de su ejército y despues echar en tierra su material, operacion que exigia mucho tiempo. Necesitaban ademas avanzar á lo largo de aquel banco de arena para aproximarse á Alejandria, con el mar á la derecha, y los lagos Madieh y Mareotis á la izquierda, apoyados, es verdad, por sus cañoneras, pero privados de caballeria y sin mas artilleria de campaña que la que podian arrastrar á brazo. Evidentemente sus operaciones debian ser lentas y muy pronto dificiles, cuando estuviesen en presencia de Alejandria, reducidos para salir de aquel callejon sin salida, ó tomar esta plaza, ó caminar sobre los diques estrechos, por los cuales se comunica con el interior de Egipto. Si se queria lograr detenerlos, era menester no darles ya esos combates parciales y desiguales, que les inspiraban confianza, que hacian perder á nuestras tropas su serenidad acostumbrada, y reducian nuestras fuerzas ya demasiado poco numerosas. Aun sin combatir habia la certidumbre, situándose bien, de cerrarles el camino. No quedaba, pues, otra cosa útil que hacer sino esperar que Menou, cuya obcecacion estaba ya vencida por los hechos, hubiese reunido todo el ejército bajo los muros de Alejandria.

Pero el general Lanusse se habia dirigido con su division hácia Ramanieh, donde sabiendo lo que habia pasado por la parte de Abukir, se apresuró á marchar á Alejandria, llevando consigo cerca de tres mil hombres. Friant habia perdido

cuatrocientos, de mil y quinientos en la jornada del 8 de marzo; pero habiendo recogido todos los pequeños destacamentos, esparcidos desde Roseta hasta Alejandria, contaba todavía con mil setecientos ó mil ochocientos hombres. Los fuertes de Alejandria estaban guardados por los marinos y los soldados de los depósitos, resultando que con la division de Lanusse que iba á llegar habria cerca de cinco mil hombres; pero los ingleses habian desembarcado diez y seis mil sin contar dos mil marinos, y por tanto era conveniente continuar la lucha. Sin embargo una circunstancia arrastró á los dos generales franceses.

Aquel largo banco de arena, sobre el cual habian bajado los ingleses, separado por los lagos Madiéh y Mareotis, de lo interior del Egipto, no comunicaba con él sino por medio de un largo dique, que pasaba entre los lagos é iba á terminar en Ramanieh. Este dique daba direccion á un tiempo al canal que conduce el agua dulce del Nilo á Alejandria y el gran camino que une á Alejandria y Ramanieh. En aquel momento corria el peligro de ser ocupado por los ingleses, porque estaban á punto de llegar al sitio donde se junta con el banco de arena que hay en Alejandria. Los ingleses habian empleado los dias 9, 10 y 11 de marzo, (13, 14 y 15 de ventoso) en desembarcar y organizarse. El 12 se pusieron en camino, andando penosamente por la arena, haciendo arrastrar su artilleria por los marinos de la escuadra, y apoyados á derecha é izquierda por las lanchas cañoneras. En la tarde del 12 se hallaban cerca del sitio donde se junta el dique con el suelo de Alejandria.

Los generales Friant y Lanusse temieron dejar ocupar este punto por los ingleses, y entregarles así el camino de Ramanieh por donde debia llegar Menou. Sin embargo, perdido este camino quedaba otro, si bien largo y difícil, sobre todo para la artilleria, este era el mismo lago Mareotis. Este lago, mas ó menos inundado, segun la creciente del Nilo y la estacion del año, dejaba descubiertas hondonadas pantanosas, sobre las cuales se podia abrir un camino sinuoso, pero seguro. Desde entonces no habia ya razon suficiente para combatir, teniendo tantas probabilidades en contra.

Sin embargo, los generales Friant y Lanusse, exagerándose el peligro á que estaban espuestas sus comunicaciones, se decidieron á combatir. Habia medio de disminuir mucho la gravedad de esta falta, quedándose sobre las alturas arenosas, que cerraban en su latitud el banco de arena sobre el cual se combatia, alturas que terminaban en la misma cabeza del dique. Permaneciendo en esta posicion y empleando bien la artilleria de que estábamos mejor provistos que los ingleses, habia la ventaja de la defensiva, se podia compensar así la inferioridad del número, y probablemente conseguir guardar el punto por cuya conservacion iba á darse otro combate sangriento.

Esto fué lo que quedó convenido entre los generales Friant y Lanusse. Este, dotado de talento natural, de valor y de audacia, estaba desgraciadamente poco dispuesto á escuchar los consejos de la prudencia. Mezclado por otra parte en las tristes divisiones del ejército, se habria ale-